

El Trono de Inglaterra



El Trono de Inglaterra

Birthwaite, Westmorland, c. 400 d.C.

Uther Pendragón.

Ulfius pasó bajo el rastrillo del castillo de la villa. Aún medio dormido, atravesó el patio de armas para subir las escaleras de la amplia torre. Bastión del avance ante los sajones, el castillo estaba habilitado como fortaleza pero también como residencia del rey, de ahí su anómala silueta. Ulfius recordaba todo esto mientras subía las escaleras de madera que crujían levemente bajo su peso. Cayó en la cuenta de que pensar en el desastre de la partida de asalto y castigo a aquella aldea había llevado su mente a los odiados sajones. Aunque había luchado en la guerra desde su juventud al lado de Uther Pendragón, Rey de Locres, y amigo de la infancia, la guerra no parecía tener fin. Incluso su padre había luchado ya en la guerra por entonces. Se había avanzado mucho, claro, pero también se había retrocedido (sobre todo últimamente) y no había, aún en aquel momento, quien pudiera determinar al vencedor final. Los sajones seguían ocupando el sur el este, y el norte, mientras los britanos se defendían e incluso avanzaban ahora hacia el norte.

El hilo de sus pensamientos le había llevado ya ante el Rey, en la sala del trono. Quizás su rango de general peligrase, después de todo, y lo que Uther quisiera anunciarle era la inminente celebración de un probablemente merecido (se recordó Ulfius), consejo de guerra. Sintió una gran irritación por dentro. Sin embargo, esta desapareció cuando por fin estuvo ante Uther. El rey, su amigo, miraba desdeñosamente al techo y no parecía haber advertido su presencia, sumido en alguna ensoñación, en apariencia, de triste espíritu. “¿Majestad?”, dijo Ulfius. El Rey salió de su parálisis y volvió la vista hacia Ulfius, alegrando el semblante y bajando de su trono para pasarle un brazo por el hombro. Desde luego, no era aquello lo más habitual, pero se sorprendía mucho más Ulfius del contraste con lo que esperaba él. Comenzaron a caminar con naturalidad por la sala hasta el almenar de la torre, y allí el rostro de Uther adquirió un semblante grave. “Necesito que me ayudeis, Ulfius. Necesito que me traigais a Merlín”. Ulfius no pudo ocultar su sorpresa, y estaba a punto de protestar cuando Uther alzó la mano. “Sé que no lo entendéis, pero confiad en mí, es de una importancia capital.” Antes de darse cuenta, Uther sostenía ya una bolsa que a todas luces contenía varias monedas, y su paseo les había llevado hasta las escaleras. Uther volvía a intervenir, ya a modo de despedida. “Sé que vive más allá de los bosques del norte, pero no puedo ser más preciso. Tened cuidado, volved con vida, y traedme a Merlín.”

El viaje.

Ulfius volvió a su casa, extremadamente confuso. Desde luego, ni esperaba tener que ir a buscar a nadie (¿Merlín?), ni tenía sentido lo que había pasado. Y allí, delante de su armario, volvió de nuevo a la realidad con la intención de centrarse en el encargo y acabar de un vez. Se quitó su uniforme de oficial britano, que le delataría en las tierras del norte, tierras sajonas. Eligió las ropas más sencillas: jubón, pantalón y capote con capucha: un tanto raído, por cierto. Después de pensárselo mucho, se ciñó también la espada corta, aunque de forma que quedara oculta por la capa. Sólo restaba aprovisionarse en el mercado para salir de la villa por la puerta del norte, hacia el bosque y la sierra montañosa.

El día, ya avanzada la primavera mañana, hacía agradable el viaje. Mercaderes (ajenos a la guerra, y, normalmente, buscando sólo trueques beneficiosos) se cruzaban en su camino en sentido contrario. No dejaba de ser irónico, se dijo, que parte de los productos que consumían fueran de origen sajón. Abandonó estos pensamientos cuando entró en el bosque que rodeaba la sierra. Tenía varias opciones: un camino le llevaba al nordeste, en un pasaje dificultoso que cruzaba la falda de la montaña. El más concurrido, sin duda, era el camino que enfilaba hacia el noroeste, evitando el humedal. Quizás demasiado concurrido. Aunque había intentado evitarlo, echó un vistazo hacia el este, por donde una estrecha senda se encaminaba hacia el paso del Perro. No puedo evitar sentirse culpable por estar allí, y sus guerreros, a su cargo, no.

Fue entonces cuando rápidamente se encaminó por el camino del nordeste, tratando de ser discreto. Desde luego que allí no se encontraría con nadie, por lo que podría decirse que iría verdaderamente

de incógnito. En esto pensaba, ya a medio camino entre los barrizales, cuando cuatro hombres (bandoleros, sin lugar a dudas), le cercaron por delante y por detrás. Con gran esfuerzo, consiguió evitar el gesto instintivo de meter mano a la espada. Se dió cuenta de que estaba en verdaderos problemas cuando apreció que uno de ellos le apuntaba con un arco... llevaba un sucio y roto uniforme de arquero del rey. Como olvidando su condición de incógnito, le espetó: "¡Pero que haces, insensato? ... ¡mancillas el uniforme que portas!", a lo que respondió "El rey sólo sirve ahora a sus propias necesidades, exactamente lo mismo que yo.". Ulfius iba a replicar cuando otro de ellos, que parecía ser el cabecilla, llamó su atención con la punta de su espada sobre su cuello. De nuevo tuvo que esforzarse Ulfius por no meter mano a la espada, y, sobre todo, aplacar la ira que le hervía por dentro. Mientras el hombre le amenazaba con la diestra, extendía a su vez la siniestra. Durante unos momentos que parecieron eternos, Ulfius evaluó sus posibilidades, aunque sabía de antemano que se reducían a ninguna. Sintiendo gran pesar por no poder rebanarle el cuello a aquel rufián, descolgó la bolsa de su cinto y la puso sobre su mano, mirándole desafiante a los ojos. El desgraciado retrocedió dos pasos y abrió la bolsa, para descubrir el oro que le había dado el rey, tomándo algunas monedas sobre su mano y saliéndosele casi los ojos de las órbitas. "Hemos hecho el día, hombres.". Los vítores de sus compañeros ovacionaron aquellas palabras, mientras Ulfius apreciaba que el arquero desviaba su atención, y por ende, su arco.

Retrocedió lentamente hasta cuatro pasos, en un movimiento que sus agresores interpretaron erróneamente como de huida... hasta que sacó su espada del cinto, y, agachándose, lanzó un tajo al traidor arquero. Éste ya había hecho una descarga, que por seguro yerraría el blanco, para recibir un golpe que casi le cercenaría ambas rodillas. Mientras aullaba de dolor, Ulfius se levantó y lanzó su espada directamente al vientre del compañero, quien blandía a su vez la suya, pero estaba demasiado sorprendido para siquiera defenderse. Cayó muerto en cuanto retiró la hoja, que le había atravesado de lado a lado. Revolviéndose de nuevo, un nuevo tajo lanzado al arquero casi le cercenó el cuello, causándole ya definitivamente la muerte.

Ulfius se encaró con los dos que quedaban, que, recuperados de la sorpresa, le rodearon de nuevo por ambos lados del camino. Querían venganza, pero, como él, no blandían más que sendas espadas. Y aunque la rabia les diera más fuerzas, también les cegaría. No sabían quien era él, sin duda, pues de otra forma hubieran huido, llevándose el dinero que quizás necesitaba. Y es que era la indignación lo que le impulsaba, la afrenta inesperada, y no el vil metal. Era una suerte, pensó, que aquel arquero no le hubiera reconocido.

El cabecilla, justo delante de él, hizo un movimiento hacia adelante, mientras a su espalda también escuchó movimiento. Sabía que el plan era entretenerlo por el frente mientras lo acuchillaban por detrás. Tras unos breves instantes que le parecieron eternos, se dió la vuelta para ver cómo su agresor había elegido utilizar su espada cual maza para matarle, lo cuál aprovechó para pararle la mano con su siniestra, mientras tiraba de él hacia sí, para acuchillarlo con la diestra, atravesando al infeliz. Sin perder un momento, tomó la diestra del desgraciado y se revolvió, parando la cuchillada del cabecilla con la espada del bandolero que dirigía con sus manos. Aquel hombre se paró sorprendido y confuso, lo que le dió unos breves y valiosos momentos para recuperar su espada de un violento tirón, y, ante la faz de horror del hasta entonces jefe de bandoleros, quien no había podido recuperar todavía el dominio de su espada, volvió a lanzar su espada hacia adelante, para acabar con su vida.

Recogió su bolsa, mientras inadvertidamente para él giraba la cara para ver cómo aquellos infelices expiraban. El objetivo de la espera era recuperar el aliento, y aliviar la tensión, pero en lugar de ello, se encontró a si mismo hipnotizado por la mirada vacía que miraba sin ver, dirigida al cielo a través de las hojas entrelazadas de los árboles. Comenzó a sentir un intenso vacío en sus entrañas, a la vez de la desagradable sensación de que una pesada losa caía sobre su pecho. Sintió la acuciante necesidad de limpiar su espada, lo que hizo rápidamente en la ropa de los caídos, para proseguir su viaje, imprimiendo un ritmo vivo.

Caía ya la noche cuando llegó a la posada al pié de la serranía. Compró provisiones para el resto del viaje a un precio excesivo, y se indignó al ver como, aún echándole en cara lo desproporcionado de sus precios, el posadero no le rebajaba un ápice. Previendo la posibilidad de que sus recursos

disminuyeran considerablemente, decidió centrarse en productos como galletas, queso y pan, menos refinados pero también de mayor duración. Rentó también una habitación para pasar la noche, y se echó a descansar. Dinero perdido, concluiría a la mañana siguiente, pues su sueño, cuando fue sueño, fue desasosegado.

Bajó a la posada a primera hora de la mañana, y preguntó al posadero por el tal Merlín. "¿Buscáis a Merlín?", replicó el posadero, sinceramente sorprendido. "No se sabe demasiado de él. Unos dicen que nunca existió, otros que se marchó... los que dicen saber de él cuentan que mora al norte, en una de las montañas en el medio de la serranía, pero yo no conozco a nadie que haya conseguido nunca encontrarle... quizás voecencia debería temerle por su dominio de la magia, algunos dicen que no es sino la oscura y...". Era suficiente para Ulfius, quien alzó una mano y despidióse, dándole las gracias al posadero, para emprender camino hacia el norte.

Caminaba con la desagradable sensación interior de que algo iba mal, sin saber muy bien a qué atribuirlo, y resolvió llevar su mente hacia Merlín, quien sin duda, debía ser uno de esos druidas: curanderos (impostores los más, otros no tanto), que vendían sus brebajes o sus servicios al mejor postor. "¿Qué tendría éste de especial para que Uther quisiera verle?"

Hizo un alto para volverse y otear el horizonte a sus espaldas. Desde allí pudo ver, a lo lejos, Westmorland, y el bosque y la posada a medida que bajaba la vista. El camino había estado claro hasta entonces, pero... "¿cómo elegir la ruta correcta ahora?". Esperando que Dios guiara sus pasos, continuó subiendo, hasta alcanzar una árida y rocosa meseta, desde donde se podían tomar múltiples senderos, algunos marcados, como el que continuaba hacia el norte, y otros libres, avanzando por la dura piedra, con lo que resolvió detenerse para recuperar fuerzas.

Tomó esperanzadamente la decisión de continuar hacia el norte, pero, después de un largo trecho, quedó claro que el camino descendía hacia el siguiente valle: tierra de sajones, por cierto. Decidió hacer un alto, de nuevo, para comer algo, y volvió entonces a ascender hacia el sur. La morada del druida sin duda estaba allí, pero no sabía donde buscarla. Se embozó en su capa, mientras el atardecer empezaba a decaer hacia la noche, que se adivinaba gélida. Después de pensarlo mucho, emprendió camino hacia el este, ascendiendo hacia el pico de la montaña más cercana.

La providencia quiso que, a mitad de subida, encontrase una cueva, cuando ya la noche cubría sus ojos con un negro manto, donde decidió embozarse en su capa y dormir en el suelo. Esta vez, el agotamiento le ofreció un buen descanso, aún a pesar de las duras condiciones.

A la mañana siguiente, después de un desayuno frugal, continuó ascendiendo, para llegar al mediodía a la cumbre, donde de cualquier forma planeaba hacer un alto. El frío a aquella altura, a pesar de estar el astro rey en su cénit, le hizo embozarse en su capa y golpear los pies contra el suelo para hacerlos entrar en calor.

Fue entonces cuando se fijó en aquella cumbre, de curiosa forma plana, hasta un pico al oeste. Albergaba una curiosa estructura que, tras analizar en detalle, no dudó en reconocer como una atalaya. Una atalaya sajona, por supuesto. Se acercó a la misma, desenvainando su espada (lamentando con un respingo el gélido aire que le penetraba hasta los huesos), y se acercó a la torre sintiendo de nuevo el preludio de matar, así como aquella desagradable carga que se asentaba de nuevo sobre su pecho.

La puerta entreabierta cedió fácilmente ante un violento empujón, para allí mismo encontrarse de nuevo con esos ojos que miran sin ver. Se trataba de un sajón, sin duda, un mercenario o un soldado, aunque la espada que le ensartaba y le mantenía unido a la trasera de un soporte para lombardas era, ciertamente, britana. Cerró la puerta y entró en la estancia, dispuesto a desclavar aquella espada, aunque el frío la había fundido a aquel infeliz.

Desistió y ascendió cuidadosamente unas escaleras de caracol. Quien sabe quién era el hombre que había matado a aquel desgraciado, aunque en principio Ulfius venturaba que se trataría de alguien que no atentaría contra él. Llegóse entonces hasta el puesto de observación, en la cima de las escaleras, y apreció la utilidad de aquella atalaya, cuya techumbre se apoyaba sobre estrechas columnas, permitiendo apreciar todo el horizonte en cualquier dirección, incluyendo la parte britana. Se maravilló aún más cuando, un poco más hacia el este, en la cumbre de la siguiente montaña, vió claramente una gran roca con vaga forma de oso rampante, y una gran muralla en

derredor. Presentía sin albergar duda alguna, que aquella no era sino la morada de Merlín. Miraba ahora al suelo para decidir qué hacer, cuando apreció un bulto sobre una repisa de piedra que hacía las veces de bancada. Otro cadáver. Se trataba, presumiblemente, del que había acuchillado al sajón, aunque era obvio que también se había llevado su parte. Le dió la vuelta para encontrarse de nuevo con aquella mirada que parecía perseguirle ahora hasta en sueños, de tal forma que intentó cerrarle los ojos, pero no pudo. Del intenso frío, que sin duda era el culpable de que empezase a perder sensibilidad en las manos y pies, el britano se había congelado en su postrer intento de hacer lo que había conseguido Ulfius. Aquel hombre era, como él mismo, uno de los mejores generales de Uther... y un gran amigo. De repente, se enfureció hasta la médula, "¿Qué sentido tenía todo aquello? ¡Maldita sea! ¿Cuántos había enviado ya Uther en su lugar? ¿Cuántos debían morir para traer a aquel druída? ¿Qué iba a hacer aquél por el reino?".

Bajó las escaleras envuelto en rabia contenida, para arrancar, ahora sí, la espada del oficial britano de entra las entrañas del odiado sajón, quién alcanzó el suelo como lo haría una marioneta rota. Tiró fuera la espada, y volvióse escaleras arriba para recoger en sus brazos el cadáver. No sin un gran esfuerzo, bajó de nuevo las escaleras y se dirigió a la pequeña cumbre del oeste, donde un solitario árbol crecía bajo la protección que le ofrecía la elevación, conformando la que probablemente era la única zona fértil del lugar. Recogió piedras en abundancia, y utilizando la espada a manera de cruz, le dió el mejor entierro cristiano que pudo, cubriendo su cuerpo y rezando por él, tras lo que abandonó aquel lugar funesto, temeroso de acabar él mismo congelado en aquella desolación.

Volvió a la cueva donde había pasado la noche anterior, después de un complicado y no muy animado descenso. Aunque llegó a pensar en que su corazón no recuperaría de la desolación de aquel lugar, finalmente al embozarse en su capa bien al interior, y de nuevo favorecido por el agotamiento, cayó en un pesado sueño, del que amanecería con la sensación de no estar menos agotado que la noche previa.

Ulfius se levantó, y malquitiándose el hambre de encima con un frugal desayuno, reemprendió la marcha. Bajó de la montaña y se encaminó al lugar que había visto desde la cima, alcanzándolo sin dificultad cuando el sol apenas había llegado a la mitad de su recorrido por el cielo.

Lo primero que le llamó la atención fue el muro que cerraba aquel sitio, con una única puerta en la parte frontal, donde se encontró al morir el camino. En el dintel de la puerta apreció una extraña marca vertical, que en un lugar de ser una línea recta, se ondulaba cual extraña serpiente.

Sin pensar, o quizás, sin querer pensárselo dos veces, se adentró por debajo de aquella marca, lo que le hizo atravesar un corto túnel para llegar a... un jardín. Probablemente, el tipo de recinto que menos esperaba encontrar por allí. Todavía más asombrosos eran unos setos que bordeaban el camino, subiendo en altura a medida que avanzaba. Pronto se vió en un camino frío y húmedo, y lo que es peor: el camino se ramificaba por doquier, hasta el punto de comprobar que, por alguna extraña magia, torciera por donde torciera siempre acababa en el mismo sitio. La última vez que lo intentó, dejó su capa intencionadamente en el primer cruce, para volver a encontrarse con ella poco después, confirmando que se movía en círculos.

Mientras tanto, el sol empezaba ya a decaer hacia su descanso diario, y Ulfius desesperaba tratando de encontrar la roca con forma de oso, que desde allí era incapaz de ver. Acuciado por el hambre, y la desesperación, metió de nuevo mano a la espada, abriéndose su propio camino por el jardín, y siguiendo la inclinación del terreno, al recordar que la roca en forma de oso se situaba en la cumbre de la colina en la que estaba situado este. Caía ya el sol cuando su espada le desveló una explanada, a la que salió aliviado y, sólo entonces, molesto a la vez. Agradeció su suerte mientras se sacudía la hojarasca de sus ropas.

Paró un breve momento para recuperar el aliento, y envainando el acero, llegase a lo que claramente era una puerta en la base de aquella extraña roca. Vigorosamente, golpeó la puerta al grito de "¡ah de la casa!", hasta que un hombre de mediana edad la abrió sin más, dejándole con el brazo en alto. Aquel hombre le rodeó hasta que pudo contemplar sin obstáculos los destrozos que había hecho en su jardín. Ciertamente, podía apreciarse el camino recorrido con sólo fijarse en la línea que formaban los arbustos destrozados y desparramados por el suelo, momento en el que Ulfius se sintió un tanto avergonzado.

Entonces quiso terminar rápidamente aquella conversación, tratando de obviar en lo posible el alcance del destrozo. "Buen hombre, busco a Merlín, el druida. ¿Será acaso voecencia?". El hombre seguía sin quitar ojo de su jardín, así que prosiguió: "¿o quizás pueda llevarme hasta él?"

Merlín, quien ciertamente era el personaje que Ulfius andaba buscando, y que estaba justo delante de él, salió por fin de su estupefacción para responder afirmativamente. Ulfius, entonces, cumplió con su misión transmitiéndole el encargo del Rey de presentarse ante él. El hombre preguntó por qué habría de hacer tal cosa. Ulfius, ante tal actitud, respondió que eran órdenes del mismísimo Rey. El hombre terció con ironía: "¿Acaso están mis tierras en los dominios de Uther Pendragón?"

Aquel hombre estaba en lo cierto pensó Ulfius. Aquellas tierras suponían la frontera entre britanos y sajones, y no se podría decir a quién pertenecían. Desde luego, no estaban suficientemente consolidadas por parte de ningún bando como para que existiera un condado en ellas. Pero aquello no era razón para no hacer cumplir las órdenes del Rey. Ulfius metió mano a la espada, y le dijo: "mis órdenes son llevar a voecencia conmigo y por Dios que así lo haré.". Merlín volvió a reír. "Y decidme, joven, que haréis si no quiero ir. ¿Matarme? Si me matáis, temo que no serviré de gran ayuda a vuestro... Rey."

Ulfius digería aún estas palabras cuando Merlín, rompió el silencio. "Está bien. Iré. Lo que quiera Uther será sin duda interesante, aunque os aseguro -lanzando una breve mirada al jardín- que le saldrá caro."

Y así fue como Ulfius y Merlín emprendieron juntos el camino de vuelta a Westmorland, sin apenas intercambiar palabra. El retorno de Ulfius al castillo de Birthwaite, fue sonado debido al éxito obtenido en su misión. Uther casi no podía creerlo. En la sala del trono, el monarca agardeció el éxito de Ulfius con otra generosa bolsa de oro, y recibió respetuosamente a Merlín en su despacho privado.

Sin embargo, no bien había Ulfius entrado en la plaza mayor, delante del castillo, llena de actividad por el mercado, cuando un mozo le llamó por su nombre, y le hizo saber que el Rey requería de su presencia de nuevo. Sorprendido, Ulfius volvió a la sala del trono, desde donde se le hizo pasar al despacho privado del rey.

Merlín, sentado en una de las sillas, discutía animadamente con Uther cuando Ulfius se unió a ellos. "Ulfius", comenzó Uther, "sois mi más fiel amigo, valeroso caballero y valioso general. Así, Merlín y yo pensamos que eres el más indicado para el proyecto que tenemos en mente." Ulfius no se sentía demasiado animoso. "Espero que tal proyecto merezca la pena. He visto con mis propios ojos al hermano mayor de Brastias, a quien sin duda mandásteis antes que yo a buscar a Merlín, y al que no pude darle más reconfortación que la cristiana sepultura.". Uther se revolvió en su silla: "es asunto, sin duda, de importancia capital. Si decidís uniros a mi una vez más, partiremos sin más dilación hacia Cornualles.". Ulfius iba a responder, pero ya había cuestionado a Uther delante de Merlín hacía un momento, y no deseaba hacerlo de nuevo. Se inclinó y concluyó "por supuesto, mi señor."

El castillo de Cornualles.

Pensó para sí mismo ... ¿qué podrá querer Uther del Conde de Cornualles? En poco tiempo subían a un carruaje que les llevaría hasta el castillo de Cornualles. El viaje era largo, así que no llegaron hasta entrada la noche. Para entonces, Ulfius se sorprendió de que el castillo de Cornualles estuviera bajo sitio. Entraron en la tienda del Rey, y Merlín entregó a este una pócima, en un frasco de cerámica. "Tomadla justo antes de entrar, y entonces os tomará por él." Ulfius renegaba de los druidas, pero más aún de magias y pócimas. Iba a intervenir cuando Merlín continuó. "En la parte trasera del castillo, en los acantilados, hay una entrada secreta que lleva a las cocinas. Ulfius, deberéis acompañar al Rey y aseguraros de llevarle, y traerle de vuelta, sin que sufra ningún daño.

Ulfius estaba demasiado estupefacto, las preguntas se agolpaban en su mente, pero probablemente no era el momento ni el lugar para hacerlas. Al contrario, respondió "así lo haré."

El castillo estaba rodeado de agua por tres lados, siendo prácticamente inexpugnable, si bien un par de caminos laterales se adentraban por ambos flancos en la escollera que protegía la trasera. Resguardados por la oscuridad de la noche, Ulfius condujo a Uther por el estrecho camino,

camuflados ambos con oscuras capas para pasar desapercibidos.

Fue el momento de entrar en la escollera, ya a solas, el que Ulfius eligió para plantearle al Rey la conveniencia de adentrarse en el castillo. Éste respondió que, efectivamente, era necesario y merecía la pena. "Pero, Uther, ¿que haremos vos y yo allí, exactamente? ¿Cuál es el delito cometido por el conde de Cornualles? ¿Qué sucederá a Locres si vois morís?" Uther volvió a dudar, lo que inquietó a Ulfius. "Es mejor, Ulfius, que te lo explique cuando entremos." Ulfius no tuvo más remedio que conformarse con aquella respuesta, y guió a Uther por la escollera, tan afuera que las rompientes olas salpicaban de espuma sus caras.

Ulfius buscó con la vista algo que le advirtiese de la presencia de un túnel o una entrada, para encontrar el pasaje que había descrito Merlín. "Si es que tal túnel existe", dijo para sí Ulfius, quien no confiaba en tal personaje. Ya iba a desistir, cuando fue Uther el que le señaló un punto, tirándole de la capa. Efectivamente, un punto oscuro y una portuberancia señalaban la presencia de lo que podría ser una simple cavidad, horadada por la fuerza de la mar, o del pasaje que buscaban.

Se acercaron hasta allí silenciosamente, para comprobar que efectivamente era un pasaje por el que tuvieron que arrastrarse hasta llegar a un punto donde agachados, y con la pared del propio castillo como guía, alcanzaron un pequeño portillo. Era obvio que aquel artificio estaba pensado como una ruta de escape, que no de entrada, y de hecho, Ulfius empujó el portillo hacia dentro sin obtener resultado alguno. Metiendo mano a la espada, golpeó el portillo con tan fuertes tajos que grandes astillas se separaron de la parte más cercana a las visagras, donde había observado una cierta podedumbre debida a la humedad. Con más empujones, se deshicieron del portillo.

El túnel, descubrieron, continuaba en línea recta hasta un pequeño arco, de donde provenía una luz. Aquella parte del túnel era sin duda la bodega de la cocina, o al menos lo utilizaban para tal menester, a juicio de Ulfius, por el número de botellas acomodadas en grandes hileras de estanterías contra ambas paredes. Ulfius avanzó, y asomó la cabeza a lo que según Merlín eran las cocinas, y así debían ser por el lugar en que se encontraban. No había allí nadie en aquel momento, así que hizo pasar a Uther.

"Muy bien", dijo Ulfius, "ahora, ¿que es lo que buscamos?". Uther le miró incómodo, pero manteniendo la vista en él, respondió, escueto: "el dormitorio de Lady Ingrain". Ulfius abrió la boca, pero no articuló sonido alguno. Tuvo que reponerse durante varios momentos hasta que pudo decir: "todo esto, ¿no es más que un lío de faldas?" Uther se mantuvo firme. "No. Todo esto es ... amor". Ulfius respondió, repugnado: "la secuestraremos, entonces." "No", respondió Uther, "nadie debe saberlo jamás, más que tú, Merlín y yo." "Y Lady Ingrain", apostilló Ulfius. Uther volvió a negar con la cabeza, esta vez casi entusiasmado: "gracias a las artes de Merlín, la pócima me convertirá en el conde de Cornualles en cuanto me la tome, y podré así yacer en su lecho, como siempre he soñado." Ulfius no podía creer todo aquello. "Uther", dijo, amigo mío, "¿habéis hecho todo esto para fornicar como cualquier plebeyo?. Podéis tener a cuantas mujeres queráis! ¿Es por este tipo de asuntos que vuestros caballeros deben morir, en lugar de combatir la invasión extranjera?". Uther le hizo señas con las manos, moviéndolas hacia abajo. Ulfius había ido alzando la voz hasta el final de la frase. "Sabes que no es cierto Ulfius. Seré recordado como el mayor azote de los sajones en toda Locres." "Ya", dijo Ulfius, "o como el mayor fornicador de toda Locres." Aquello era más de lo que Uther podía soportar. Su cara denotó que el azoramiento inicial había abierto paso a la ira. Sin embargo se calmó tras unos momentos y zanjó la cuestión. "Ya hablaremos de ésto. Hagámoslo y terminemos de una vez. Pero recordad, amigo mío, que además de Rey también soy hombre."

Ulfius se calló durante unos instantes, y entonces dijo: "Esperadme aquí". Salió con cuidado de la cocina, y tras una espera que a Uther le pareció eterna, volvió con ropajes en la mano. "¡Uniformes de los soldados de Cornualles! ¿Cómo los habéis conseguido?". Ulfius ignoró la pregunta, y simplemente exhortó al Rey a cambiarse de ropa, mientras él hacía lo propio. Mientras lo hacían, el Rey observó cómo Ulfius limpiaba su espada, manchada de sangre, contra la capa, y eso hizo que su semblante se ensombreciera. Pero al cabo, ambos estaban listos para partir. "Yo sé el camino." Dijo Uther. Ulfius tan solo asintió. Ambos salieron de las cocinas, tratando de aparentar ser guardias del castillo. La actividad era tan frenética que apenas nadié se percató de su presencia. "Es allí.", le

señaló Uther en un momento dado.

Relevaron a la guardia que había en la puerta, que se correspondía, dedujo Ulfius, con los aposentos reales. Una vez estuvieron solos, Ulfius le conmino. "¡Ahora es el momento!". Uther sacó la poción de entre sus ropas, y se la bebió, entrando al punto en la habitación. A Ulfius, picado por la curiosidad, no le dió tiempo a apreciar ningún cambio, empero. La espera se le hacía eterna. En todo momento, creía que le descubrirían y acabaría muerto, sin contar con la muerte del Rey de Locres, que sería un auténtico desastre que sin duda acarrearía la pérdida de la guerra a favor de los sajones. Comenzó a sudar profusamente, mientras sentía como su estómago se transformaba en un nudo.

Finalmente, Uther salió, ya con la imagen del Rey de Locres, de los aposentos de los condes, y desandaron, sin mediar palabra, el camino hasta las cocinas. Allí se cambiaron los ropajes de nuevo, y se metieron en el túnel para salir otra vez a la escollera. Lanzaron al mar sus disfraces de soldados, y desandaron el camino, por la vera del castillo, hasta llegar de nuevo al campamento.

Uther estaba emocionado, y muy agradecido para con Ulfius y Merlín, dedicándole profusos elogios. Fue entonces cuando les propuso volver a Westmorland aquella misma noche.

Pero entonces, Ulfius intervino con firmeza. "No", dijo. "¿No?", dijo Uther, "... y, ¿a dónde iréis, entonces?". "No lo sé", dijo Ulfius, "pero no puedo seguir sirviéndoos. Nunca más." El rostro de Uther se ensombreció por la gravedad de la pena que sentía. "Lo entiendo. Y no puedo negaros nada. No después de toda una vida como la vuestra. Como las nuestras." Ulfius se volvió para irse, y entonces se detuvo en seco, para decir: "Dadme entonces el condado de mi padre, en Gales." Uther se encogió de hombros. "Es vuestro, claro. Pero allí ahora no hay nada ni nadie." Ulfius se encogió de hombros, a su vez. "Si he podido vivir como un guerrero, también podré vivir como campesino." Uther abrió mucho los ojos, mientras Merlín fijaba su vista en él con cada vez mayor interés. "Adiós", dijo Ulfius, dando por terminado aquel diálogo.

Salió de la tienda y comenzó a caminar, hacia el suroeste, lejos del castillo de Cornualles, de Merlín, y de toda aquella locura. El alba despuntaba ya por el este, y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió satisfecho y feliz.

Una visita inesperada.

Un año más tarde, Ulfius se sentaba en una vieja mecedora, cansado, y con una sensación en la parte baja de la espalda como si se le fuera a romper. Restaurar la casa del modesto condado de su padre en Gales había resultado difícil, y de hecho, había acabado contratando los servicios de un maestro albañil. Aún así, la mayor parte de las estancias de la casa permanecían cerradas.

Pero, sin duda, lo más difícil de todo era trabajar la tierra él mismo. Nunca pensó que aquello pudiera resultar tan agotador. Sumido en aquellos pensamientos, se sorprendió cuando alguien llamó a la puerta. Aquello resultaba realmente, extraño, tanto que cogió la espada de encima de la chimenea, y la empuñó por primera vez en mucho tiempo. "Adelante", dijo. Y el hombre que entró por la puerta era el último que esperaba ver en el resto de su vida. "Merlín ...", dijo "qué hacéis aquí. No sois bien recibido." Merlín ignoró el comentario, y a su vez le preguntó, mientras Ulfius se fijaba en un bulto bajo su capa. "¿Sabéis qué pago le pedí a Uther por ayudarle en Cornualles?". "No.", reconoció Ulfius, molesto por entrar en una conversación que no le interesaba en absoluto, y ansioso por acabar cuanto antes. "El fruto de su unión con Ingrain", dijo Merlín, destapando el bulto que escondía en su capa, que no era otra cosa que un niño. "Es este momento en el que os encargo la mayor tarea de todas: educadlo para que sea fuerte como Uther, valeroso y conocedor del arte de la guerra, como vos, y ... respetuoso con la vida, como vos habéis aprendido a ser. Será el siguiente rey de Locres. Mantenedlo en secreto hasta que yo os lo diga." Sin saber demasiado bien por qué, Ulfius recogió a la criatura en sus brazos, mientras Merlín ya se iba, cerrando la puerta tras de sí. Ulfius consiguió salir de su parálisis mental tan solo para balbucear: "¿Cómo se llama?". Merlín se volvió con una amplia y sincera sonrisa, y dijo: "Arturo, claro está."